

Florencia E. MALLON, *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*. Colección Historias, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2003.

El libro de Florencia E. Mallon se publicó en 1995 en California, Estados Unidos con el título *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Después de diversos debates y reseñas que esta obra motivó, casi una década después, el Colegio de San Luis, el Colegio de Michoacán y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social decidieron publicar la obra en español.

Se trata de un texto de 584 páginas dividido en tres partes, cada una de ellas, a su vez, subdividida en incisos. La primera parte titulada “Comunidades indígenas, guardias nacionales y la Revolución Liberal en la sierra norte de Puebla” trata La ciudadanía en contienda: liberales, conservadores y guardias nacionales indígenas, 1850-1867; La conflictiva construcción de la comunidad: género, etnicidad y hegemonía; y Nacionalismos alternativos y discursos hegemónicos: visones campesinas de la nación. En la segunda parte “Hegemonía comunal y discursos nacionalistas en México y el Perú” incluye

Ciudadanos en contienda: las culturas políticas regionales, las visiones campesinas de la nación y las revoluciones liberales en Morelos; De ciudadano a “otro”: resistencia nacional, formación del Estado y visiones campesinas de la nación en Junín; y, Hegemonía comunal y nacionalismos alternativos: contingencias históricas y casos limitantes. En la tercera parte “Proyectos nacionales alternativos y la consolidación del Estado”, Mallon ofrece Las complejidades de la coerción: culturas políticas populares, represión y el fracaso de la hegemonía; ¿De quién son los huesos, a final de cuentas, y a quién le incumbe decidir? Intelectuales locales, hegemonía y contra hegemonía en la política nacional; y, Nacionalismo popular y la construcción del Estado en México y Perú: la deconstrucción de la comunidad y la cultura popular. Cuenta además con una introducción a la edición en español, un apartado titulado Historia política desde abajo: hegemonía, el Estado y los discursos nacionalistas. Jonh Turino presenta la obra y enfatiza en su importancia al dar a conocer el papel activo que los campesinos desempeñaron en el proceso de imaginar, debatir y cambiar a las naciones. Por su parte, Romana Falcón nos ofrece un prólogo en el que destaca uno de los hilos conductores del texto: la conceptualización del nacionalismo y la conciencia nacionalista de los pobres y subordinados como analíticamente diferentes a la política del estado-nación triunfador.

El texto, con un cuidadoso dominio del español y con mejor sentido literario, tiene su mejor referencia y atractivo en su objeto de estudio: los campesinos y la construcción de las naciones de México y Perú.

Florencia E. Mallon nos introduce a su obra, aclarando:

Para realizar este libro, tenía que llevar a cabo cuatro importantes tareas más allá de la investigación comparativa basada en archivos. Primero, tenía mucho que aprender sobre la historiografía de México, un campo nuevo para mí, antes de poder hacer una contribución coherente a los debates existentes. Segundo, me di cuenta que necesitaba aprender lo suficiente sobre el posmodernismo y el posestructuralismo –así como su uso en los campos de la antropología y de la crítica literaria–, para poder analizar con credibilidad las culturas y discursos políticos populares. Tercero, necesitaba repensar las categorías históricas y teóricas existentes sobre el nacionalismo y la formación del estado. Y cuarto, me vi en la necesidad de replantearme el arte y el método de la comparación, para aplicarlo a divergentes y complejos casos de estudio y tipos de información.

No he tenido el éxito deseado en ninguna de estas cuatro tareas (p. 15).

Mallon puede no estar satisfecha con el resultado final, pero lo que puedo comentar es que se trata de un texto que con gran conocimiento nos introdu-

ce al complejo tema del encuentro entre comunidades campesinas indígenas y la emergencia de los Estados nación en América Latina. Proceso que ocurre al efectuarse la Intervención Francesa en México y la Guerra del Pacífico en el Perú.

En su escrito, la autora nos introduce al pasado, sin descuidar el presente; contempla la infinidad de interacciones entre clases populares, sin que los sectores dominantes se excluyan. Las fuentes son minuciosamente descifradas, y sin descuidar la teoría y el método, va entretejiendo los datos para dar cuenta de cómo, desde las bases sociales, se construyen las identidades y surgen los nacionalismos.

El libro de Mallon se inscribe en lo que podemos llamar estudios de una nueva generación de estudiosos de la cultura subordinada, constructores de una “nueva historia cultural”. Generación que tanto en Francia como en Estados Unidos se ha esforzado por indagar sobre la cultura de las mayorías, eliminando en su enfoque la idea de pasividad y falta de conciencia de éstas. Importa, en muchos de ellos, descubrir la manera en que, las prácticas, las representaciones o las producciones se cruzan y se imbrican en distintas figuras culturales. En este sentido, su trabajo es un buen ejemplo de la forma en que las relaciones económicas, sociales y políticas se organizan según lógicas que ponen en juego esquemas de percepción y de apreciación de los distintos sujetos sociales.

En esta vasta obra resalta un tema por demás antropológico, la *hegemonía comunal*. No obstante, antes de profundizar en dicho concepto, Florencia E. Mallon realiza una exploración del concepto de comunidad. Y su exploración va en el sentido de revisar las diferentes visiones que existen sobre la misma, por lo que alude a los analistas de la historia rural y de la política campesina que comparten una visión idealizada de la comunidad, basada en la existencia de identidades estables, en la no diferenciación social y en la legitimidad colectiva. El enfoque, señala la autora, al dejar ver sus deficiencias parecería haber caído en desuso. En otro enfoque, reconoce Mallon, se ha hecho alusión a la prerrogativa que han tenido las elites comunales de ejercer la acción política local, sin representar los intereses de sus integrantes y dedicándose más a disciplinarlos para que obedecieran sus reglas. Para Florencia E. Mallon, ambos enfoques son insuficientes para comprender la política comunal o la política contra hegemónica a nivel más general. Por lo que señala:

Aunque una noción romántica de la “comunidad” no nos ayuda a explicar la complejidad y las contradicciones del conflicto rural, de vez en cuando sí es verdad que las identidades colectivas contra hegemónicas emergen de, y contribuyen a, los movimientos sociales. Si

ya no es posible celebrar el intachable heroísmo de la lucha popular, podemos anotar y enfatizar los heroísmos más pequeños y aún más impresionantes que surgen cuando los subalternos logran superar sus divisiones internas para tomar una posición política colectiva. Bajo tales condiciones, a los que podemos entender la cultura y la acción política popular nos urge desarrollar una perspectiva que nos permita analizar no solamente el heroísmo y la solidaridad, sino también la jerarquía y la vigilancia internas. Mi punto de partida para tal proyecto es el concepto de hegemonía comunal.

Su idea de *hegemonía comunal* parte de observar la complejidad de las relaciones sociales y políticas comunales, si bien apunta que aun sin clases sociales identificables, la unidad supuestamente primordial de la comunidad estaba basada en las relaciones de parentesco que recibían su legitimidad de la autoridad del patriarca. Mallon parte asimismo de considerar que los conflictos y las jerarquías de género y las étnicas son reordenadas y resueltas en el terreno del parentesco y de la autoridad generacional. Le otorga un papel fundamental a la inserción de la comunidad en procesos históricos dinámicos, lo que le permite considerar la constante negociación, creación y transformación de las identidades comunales. En este sentido subraya que la identidad colectiva de un grupo debe ser considerada como un elemento fluctuante que si bien encuentra sus orígenes en una cultura, también surge en un proceso histórico en el que se introducen discontinuidades que dan paso a nuevas construcciones culturales.

Y es tal vez con esta premisa que podemos considerar que Mallon otorga un papel importante a los intelectuales locales, políticos, maestros, ancianos y curanderos, como sujetos que intentaban reproducir y rearticular la historia y la memoria locales, y conectar los discursos locales de la identidad comunal con los cambiantes proyectos de poder, solidaridad y consenso. Grupo de intelectuales conocedores de la comunidad y mediadores con el exterior, que lograron convertirse en los portavoces del pueblo gracias a que lograron construir una coalición política local a través de procesos de inclusión y exclusión. Es en este contexto que me gustaría volver a la identidad colectiva, considerando que para entenderla hay que dejar atrás el principio de que los miembros de un grupo son actores manipulados, sometidos a cambios, o bien objeto de las imágenes que se les han asignado a través de los tiempos, sino que, como precisamente la autora deja ver, son campesinos indígenas pertenecientes a la intelectualidad que manejan, de manera complementaria y a veces simbólica, su propia teoría de la historia.

Con estas ideas en mente decidí fijar mi mirada en el capítulo 3 “La conflictiva construcción de la comunidad. Género, etnicidad y hegemonía.”

Para iniciar el capítulo, Mallon apunta:

En la primera mitad de 1985 viajé frecuentemente a la región central de la sierra de Puebla, manejando un carro rentado a través de sinuosos caminos a la montaña, con dirección a Tetela de Ocampo, Zacapoaxtla y Xochiapulco. Conforme fui familiarizándome con el área, empecé a entender por qué había sido posible mantener ahí una continua resistencia guerrillera. Zacapoaxtla parecía esculpida en unos acantilados mientras Tetela estaba protegida entre un río y una serie de escarpadas colinas. Xochiapulco, balanceándose en una angosta cima entre dos barrancos que volvían a subir rápidamente por ambos lados para formar otras dos cordilleras montañosas se autodefinía, con toda justicia, como el baluarte intrínseco del movimiento.

Cito lo anterior, porque antes de volver al concepto de *comunidad hegemónica* quise hacer un alto en lo que considero un gran acierto en este trabajo, el viaje a los lugares conocidos a través de los documentos.

Vuelvo al tema que me ocupa. Es bien sabido que a todo proceso de cambio, como fue el desarrollo del capitalismo, le sigue una reacción, y en el caso de México, ésta dio origen a movimientos sociales diversos dirigidos sobre todo a la defensa de la tierra. Nuevamente, como la autora apunta, algunos autores llegaron a plantear que los movimientos ocurridos permitieron que en las comunidades se borrarán diferencias y conflictos internos para dar paso al despliegue de lazos basados en la solidaridad, la cohesión y en la existencia de tradiciones comunales que les permitían defenderse de los desastres que ocasionaba el nuevo orden mundial. Sin estar por completo de acuerdo con la idealización que puede verse en este planteamiento, Florencia E. Mallon apunta:

... para empezar, no presumo que la política comunal fuera clara o transparente. Por el contrario, el consenso comunal, cuando se alcanzaba, era producto de una compleja articulación de intereses, discurso y perspectivas al interior de la sociedad local. Las alianzas entre grupos de diferentes edades, géneros, etnicidades y riqueza, eran difíciles de lograr, ya que significaba tener que escoger entre opciones que excluían —a la vez que incluían— las visiones y necesidades de distintas facciones. La práctica misma de la alianza, por lo demás jugaba frecuentemente con una frontera cambiante entre las nociones de “adentro” y de “afuera”, a veces colocando a toda la comunidad “adentro”, mientras que en otros la frontera podría dividir a un sector del pueblo de otro. La ubicación específica de esta frontera —la definición misma de “afuera”— dependía de la problemática específica o del conflicto que hubiera emergido.

Por ello, creo que la autora recurre al concepto de hegemonía, en su doble significando de proceso y resultado, como elemento relevante para el análisis de la política comunal. Considera que alcanzar consensos comunales significaba construir hegemonía comunal.

Los procesos hegemónicos, entendidos como los cuestionamientos, la legitimación, redefinición de las relaciones de poder y de los significados culturales, estaban en constante movimiento dentro de las comunidades y de ahí la multiplicidad de discursos y perspectivas que se debatían y articulaban políticamente a través de lo que bien pueden considerarse prácticas de inclusión y exclusión. Para ella, las bases del movimiento guerrillero de 1855 a 1872 están en el dinamismo y la heterogeneidad de la comunidad.

De particular importancia para la escritora fue tomar como punto de referencia la organización comunal. Considerar la importancia que tenían las autoridades comunales como instancias de poder que, de acuerdo con la tradición, combinaban funciones políticas y religiosas sujetas a la supervisión de los ancianos o pasados. Tampoco ignora Mallon el sistema de cargos, y con tal conocimiento, dentro de lo que caracteriza un estudio antropológico, se da a la tarea de analizar lo sucedido en las poblaciones de la Sierra Norte de Puebla, señalando que la reproducción de la comunidad indígena decimonónica involucraba negociaciones y conflictos socioeconómicos, políticos y culturales. Los elementos culturales, como el parentesco, la residencia, el poder, la economía, los rituales y la política se presentan para dar cuenta de la forma en que dichas comunidades se reconstruían a través de la compleja red de conflicto y cooperación que entrelazaba a hombres, mujeres, generaciones entre sí, familias, barrios, pueblos y cabeceras.

Es en este aspecto donde encuentro que la obra persevera en su interés por rastrear el vasto territorio de la cultura popular, objeto que ha sido privilegiado en la historia de las mentalidades en Francia y de una historia cultural largamente inspirada por la antropología en los Estados Unidos, como lo muestra la misma Florencia E. Mallon.

Volvamos al concepto de *hegemonía comunal*. La autora enfatiza que la familia y los patriarcas ancianos daban a la comunidad su identidad y legitimidad. Y es en las reacciones mutuamente reforzadas entre familia y comunidad, y en las obligaciones recíprocas que unen a sus diferentes integrantes donde para Mallon se dan las bases de la *hegemonía comunal*.

No quiero extenderme más, sólo quiero enfatizar lo que Mallon señala, “Si la hegemonía comunal se organizaba internamente alrededor de un concepto de justicia con base en género y generación, su permanencia más general dependía igualmente de las relaciones que tenía el pueblo con la sociedad y la economía más amplias” (p. 201) y en este sentido se refiere a todos aquellos integrantes de la comunidad que gracias a sus habilidades podían mediar entre su comunidad y la sociedad mayor, pero siempre bajo la supervisión de

la colectividad. Finaliza el apartado considerando que el mantenimiento del consenso común descansaba en los pilares de la justicia interna y la mediación exitosa con el exterior.

Lo que me resta plantear es lo que se antoja una idealización del concepto de hegemonía que nos presenta la autora y en todo caso, cabría preguntarnos si ésta existe, ¿en qué instancia social habría una hegemonía alternativa? En la obra no lo encuentro. Pero ello no resta importancia a un texto que sin duda es resultado de un arduo rastreo de fuentes y un gran intento de amalgamar el trabajo empírico con la teoría. Es, finalmente, la invitación de una excelente historiadora chilena para intercambiar ideas sobre el proceso de construcción de las naciones.

*Ana Bella Pérez Castro*